

gracia que puede desgraciar el más bello cuadro.

La mujer que logra cautivar sin advertir que cautiva, tiene de ordinario garantizado su triunfo.

La que se propone cuidadosamente adquirir por derecho de conquista, y emplea al efecto todos los ardidés de guerra, consigue dos objetos: demostrar que no está segura de sus propios recursos, y avisar para la defensa al enemigo. Lo primero es una injuria hecha á sí misma; lo segundo una torpeza indisculpable.

Es máxima muy acreditada entre el vulgo de las gentes que las mujeres poco favorecidas por la naturaleza con dotes de hermosura, tienen la suficiente habilidad para hacerse amar por su carácter.

Es falso el supuesto. No hay una mujer siquiera que se halle convicta y confesa de que no es bella, ó por lo ménos graciosa; mal puede, pues, buscar medios supletorios, cuando todas se creen provistas de los principales.

Si á una mujer *desgraciada* le envía cualquier atolondrado una frase de adulacion, funda en ella más fé que en el testimonio unánime de todos los espejos que hasta la fecha hubiere consultado.

Y es natural. El orgullo, leemos en un autor célebre, nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.

Nada hay, pues, más indeterminado que la idea de la hermosura.

Probemos á fijarla.

La hermosura es una flor lozana que brilla en el jardín de la vida, el aroma de esa flor es la virtud.

Si la flor no tiene aroma, cuando un soplo de viento la ha deshojado, ó un rayo de sol ha venido en mal hora á marchitarla, de sus colores tan bellos, de su frescura y lozanía sólo queda un tallo seco.

Si tiene aroma la flor, bien puede robarle hojas el viento: bien puede el sol agostarla; el aroma no se extingue, se esparce en el vendabal, se eleva hasta la region del firmamento, penetra la esfera azul y se confunde más allá de las estrellas con los perfumes celestiales de la santidad.

La hermosura no es, como se ha dicho, un lazo tendido por la naturaleza á la razon.

Porque la hermosura va ó no acompañada de la virtud y del talento.

Si lo primero, léjos de ser un lazo, es un tesoro. No cabe mayor dicha en la tierra que dejarse prender en tales redes. Si lo segundo, ó la razon no es razon, ó el lazo es completamente inútil.

A una belleza, que es una belleza simplemente; más claro: á una belleza simple, la inteligencia artística la admira; quizá el corazón la sigue; pero la razon, la fria razon la compadece.

Iguales afectos inspiran, salvo el de la compasion, y salvo que son más bellas las vírge-

nes de Rafael y las estátuas del Belvedere.

Todos los hombres han soñado amor alguna vez en su vida, los unos durmiendo, los otros despiertos.

Los que sueñan despiertos perciben una voz delicada en el vago rumor del céfiro que juega entre los árboles; si riela melancólicamente en el espacio alguna estrella perdida, en ella ven la mirada de un ángel que sorprende los secretos de su espíritu: si llega hasta ellos el aura embalsamada de los campos aspiran en ella un hálito embriagador: es que hay un sér ideal que les habla en el lenguaje de las brisas, los mira con la luz de las estrellas, y les envía su hálito de vida en el aura embalsamada de los campos.

Digamos á esos bienhadados soñadores que el ángel de sus ensueños no es un ángel: digámosles con Argensola, que su belleza no es más cierta y más efectiva que la belleza azul del vasto horizonte; y una por una caerán marchitas las ilusiones de su corazón; y si las de su corazón no cayeren marchitas desde luego, el soplo helado de la razon conseguirá desprenderlas, ajarlas y esparcirlas de remolino en remolino.

Por muy poderosa que sea el arma de la belleza, ¡desgraciada mujer aquella que sólo á este recurso deba el triunfo alcanzado sobre un hombre!

Su triunfo no durará más que la tersura de su frente y el brillo chispeante de sus ojos.

Las conquistas de la belleza son falsas conquistas; aprisionan sólo el corazón, ó como si dijéramos, la mitad del enemigo.

La otra mitad, la inteligencia, que queda libre, no tarda mucho en conseguir el rescate absoluto del cautivo.

No olviden las mujeres que el pudor es el compañero más simpático de las gracias.

No olviden, por último, que la violeta humilde desprende más aroma que la arrogante dalia.

III.

El orgullo que se funda en la nobleza es una especie de orgullo negativo: es un orgullo que toca ya en el dintel de la *vanidad*.

Para demostrarlo son indispensables algunas explicaciones previas.

No vamos á escribir un tratado acerca de la nobleza: sea, como unos pretenden, el privilegio del cielo; sea, como otros suponen, el derecho de usufructuar un capital en pergamino, que no circula en el comercio, creemos firmemente que reirse de los nobles de abolengo tan sólo porque lo son, revelará siempre un democratismo estúpido; así como venerar á los nobles por su sola calidad de tales, será siempre un servilismo repugnante.

Tenemos por verdad innegable que aspirar al respeto y la estimacion de todos por el sólo título de noble, es querer buscar en la raíz el fruto que debe cogerse en la rama.

Convengamos en que no es de todo punto imposible ver arroyos que, partiendo de un